

RECENSIONES

BARKIN, MANITZAS, SILVERMAN, LEINER, HARDOY y FAGEN: *Cuba, camino abierto*, Siglo veintiuno, editores, Méjico, 1973, 343 pp.

Existen bastantes interpretaciones referentes a la Revolución cubana, sus experiencias y su desarrollo; pero casi siempre suelen adolecer de unos empeños preconcebidos en subordinarlo todo a los puntos de vista estrictamente políticos. Naturalmente esos enfoques previos oscilan desde la hostilidad a la adulación; pero suelen coincidir en un principio objetivo. Es el de considerar que Cuba es «un caso especial». Pues en realidad, bajo las formas y los procedimientos que en las formas episódicas del proceso revolucionario cubano van imponiendo las características, se encuentra un fondo continuo. Es el del papel del caso de Cuba en relación con el conjunto de los países en vías de desarrollo.

Dos especialistas estadounidenses han procurado recoger, seleccionar y luego presentar los datos esenciales sobre esa estrecha vinculación entre los temas del desarrollo cubano y el mundial, dentro de la totalidad de los pueblos que se vienen sintiendo marginados y discriminados. Dichos especialistas son David Barkin y Nita Rous de Manitzas (expertos, respectivamente, en estrategias de desarrollo y en ciencia política) con amplios conocimientos recogidos sobre el terreno, de las distintas modalidades de desarrollo en distintos países de Hispanoamérica. Ambos han comenzado por tener en cuenta el antecedente de Dudley Seers, que en 1962 llevó a la gran isla antillana a un grupo de investigadores. Barkin y Manitzas han readaptado y ampliado aquel antecedente, añadiendo los resultados de diez años de experiencia. Para ello han reunido sus propias aportaciones personales con las de otros técnicos orientados sobre la imparcialidad. Son el culturista Richard R. Fagen, el pedagogo Marvin Leiner y el experto en temas laborales Bertram Silverman. A estos tres norteamericanos se añade el urbanista argentino Jorge E. Hardoy.

La labor de todos ellos no sólo ha tendido a describir hechos, sino también a sugerir posibles formas de estudiar los rumbos de la experiencia cubana como estímulo para enfocar experiencias semejantes en otros países. Y no sólo en los hispanoamericanos. Igualmente en algunos del continente africano y del cercano Oriente.

Uno de los principios básicos de las posibles irradiaciones internacionales de los planes y las realizaciones de Cuba es la evidencia de que los cubanos han roto con los enfoques tradicionales del desarrollo. David Barkin explica sobre esto que la desilusión de los planificadores cubanos frente a dichos enfoques tradicionales procede de observar la casi incapacidad de los programas parciales para solucionar problemas básicos

del desarrollo, tales como las estructuras agrarias articuladas, la desnutrición, el analfabetismo, el desempleo, etc. La mayor parte de las políticas adaptadas para ello en países ex colonizados crean de hecho mayores privilegios para minorías provistas del poder; mientras siguen cerrados los llamados «canales de ascenso» para grandes sectores de la población.

Ante esos esfuerzos tan limitados dentro del supuesto «Tercer mundo», los dirigentes de la Cuba actual han rechazado todo enfoque fragmentario y evolucionista de un desarrollo que no sólo se basa en reformas ni en instituciones aisladas, sino en reformar todo en un sentido nivelado. Los autores del libro que define a Cuba como un «camino abierto» subrayan tres temas claves de la experiencia revolucionaria cubana; primero, el de que no basta con modificar las estructuras existentes, sino que hay que elaborar una nueva estructura internacional total; segundo, el de que en las prioridades nacionales, los problemas sociales precedieron en la Revolución cubana a los del crecimiento económico; tercero, el de que la continua movilización de masas haya quedado como punto base en la instrumentación de soluciones.

Respecto a este tercero, lo que ocurre es que muchos problemas, que en otros países deben resolver los expertos gubernamentales, se entregan en Cuba al criterio de los sindicatos y otros órganos análogos. También a que las participaciones en la instrumentación de las metas de acción quedan en manos de los grupos populares en los sectores locales.

Internacionalmente no puede negarse que, por otra parte, la originalidad pragmática del experimento cubano se ve trabada por varias presiones externas encaminadas a que Cuba abandone su trayectoria actual. Por ejemplo, Cuba ha recibido fuertes ayudas de otros países de formas socialistas; pero sus planes de desarrollo nacional contrastan marcadamente con los de esos otros países; y así ha recibido duras críticas de ellos por la lógica congruencia que determina el programa básico cubano. Sin olvidar (respecto a los obstáculos exteriores) las otras presiones que llegan desde los sectores calificados como «capitalistas».

En cuanto a los factores internacionales más estrictamente políticos, una parte importante del libro de los seis investigadores universitarios estadounidenses se dedica a distinguir entre los factores marxistas generales y lo cubanos particulares.

Nita Rous de Manitzas precisa sobre esto lo siguiente: «Considerar la revolución de Fidel Castro exclusivamente en su dimensión marxista es perder gran parte del sentido del fenómeno cubano actual. Sería como examinar tan sólo la parte emergida de un iceberg sobre la línea de flotación. Debajo de la superficie existe una compleja realidad.» Aunque en algunos sitios (sobre todo en los Estados Unidos) el hecho de que oficialmente Cuba haya hecho profesión de comunismo, haya creado una carga emocional negativa, encubre la verdadera realidad. En el libro de los seis técnicos se insiste en que, se admita o no, Cuba es realmente un «país subdesarrollado», dentro de las principales características con que se suele distinguir al calificado como «Tercer mundo». Además de que los antecedentes humanos y territoriales directos del caso cubano no están en la Europa Oriental, sino en el conjunto de los países continentales hispanoamericanos.

Los autores del referido libro ponen cuidado en hacer constar que (incluso admitiendo lo global de la definición de «Tercer mundo») la denominada «región latinoamericana» presenta rasgos propios, puesto que está mucho más avanzada que la mayor parte de los países de África o de Asia. Además de que, por la formación durante tres siglos de estructuras hispanas, dicha región está ligada a tradiciones netamente occidentales. Y que al constituirse las nuevas repúblicas, el elemento esencial de los Estados y las ciudadanía fue el de los descendientes de los españoles.

En cuanto a Cuba, la acentuación de sus rasgos únicos dentro de América se debe a dos fenómenos especiales. Uno de ellos el de que Cuba siguió siendo España durante tres cuartos de siglo después de que el resto de la región se había hecho un grupo de naciones independientes. El segundo fenómeno fue que en ninguna otra parte resultó después tan penetrante y pesada la presencia de los Estados Unidos.

En la economía pasada y actual, Cuba es sobre todo explicada dentro de las normas más corrientes en los demás países de lengua hispana en la región. El azúcar cubano, los plátanos de Panamá, el cobre de Chile y el estaño de Bolivia determinan las posibilidades de comprar en el exterior los bienes necesarios para el crecimiento interior. En cuanto a las normas del sector agrícola, Cuba, antes de la revolución castrista, ocupaba un lugar destacado dentro del sistema del latifundio; el cual cubría dentro de la isla cubana el setenta por ciento del suelo cultivado. En cuanto a la infraestructura práctica del uso de los recursos naturales, se hace notar como un defecto el que en Cuba antes de 1959 hubiese muy pocos técnicos agrícolas en contraste con un número excesivo de abogados. Sin olvidar que los extremos de riqueza y pobreza (presentados en el libro referido como «característicos de las condiciones generales latinoamericanas») eran excesivos en la Cuba prerrevolucionaria, así como el desequilibrio entre las zonas rurales y las urbanas.

Contra estos defectos, las líneas ideales del nacionalismo cubano genuinas, siempre apoyado en los escritos de José Martí, eran incluyentes más que excluyentes. José Martí soñaba un Estado en el cual no existiría ninguna clase social que ejerciera dominio sobre otra, y en el cual los bienes de la nación serían para beneficio de todos. Aquel ideal nunca se realizó en la práctica, después de la independencia. No obstante se encontró siempre presente. Y las dificultades para conseguirlo, ya desde 1922, se imputaban sobre todo al norteamericanismo. Según reconocen los autores de *Cuba, camino abierto*.

Respecto al fidelismo, sobre todo después de 1967, se consideró que el esfuerzo emprendido para la integración nacional se cumplía mejor no acentuando una gama de divisiones dentro de la sociedad, sino fundiendo ésta en el concepto más amplio de «el pueblo». E incluso después de que Fidel anunció públicamente su conversión al marxismo-leninismo, subsistió la visión maciza de la nueva sociedad cubana. Lo que Fidel tomó del marxismo fue sólo una racionalización de la postura que él ya había adoptado.

Sobre todo esto, las páginas 78 a 97 del libro de Barkin, Rous de Manitzka, etc., detallan con evidente valor informativo completo las teorías y el funcionamiento corriente de los sentimientos cubanos de autodeterminación e igualitarismo. Y se afirma que en contraste con el modelo soviético, los cubanos no sólo tratan de eliminar las clases sociales, sino en última instancia todas las líneas de división que puedan cortar a

RECENSIONES

través de la trama de una comunidad nacional; e incluso las diferencias materiales de rangos o de privilegios relativos.

La estrategia cubana del desarrollo, la organización económico-social, los cambios en la educación, los del urbanismo y la sociedad en relación con la propiedad y las estructuras espaciales, el papel del Ejército rebelde y la experiencia guerrillera, los cambios de las actividades humanas y los esfuerzos por la productividad completan el cuadro de los temas estudiados.

Al final de la obra de los seis especialistas norteamericanos, se estiman como sus mejores cualidades la fría precisión en el estudio y el empeño de mostrar completo el panorama de los rumbos posibles del castrismo dentro de sus fronteras. Así como las mayores líneas de su posible proyección sobre otros países en trance de transformaciones nacionalistas totales.

RODOLFO GIL BENUMEYA

STEPHEN GRAUBARD: *Kissinger*, Editorial Dopesa, Barcelona, 1973, 356 pp.

Por doquier, incluso en los ámbitos menos sospechosos de entrañar cierta preocupación por las cuestiones socio-políticas a nivel internacional, surge —airosa, audaz y provocativa— la interrogante: ¿Quién es Kissinger...? Esta pregunta, lo mismo que a otros tantos doctos profesores universitarios, ha quebrantado la paz de Stephen R. Graubard y le ha llevado a escribir una de las más logradas biografías que sobre el genial diplomático norteamericano conocemos. Desde las primeras páginas, el autor, justamente, se siente impotente para reprimir el elogio, puesto que, naturalmente, después de admitir la paternidad de las líneas que inmediatamente vamos a transcribir es obvio el insinuar que la perspectiva desde la que, casi siempre, se enjuicia la figura de Kissinger es la correspondiente al laurel, al incienso y, lógicamente, a la gloria: «No ha habido nadie como Henry Kissinger que haya ocupado un alto cargo en el gobierno de Estados Unidos en ninguna época de su historia. La carrera de Kissinger es poco corriente al menos en tres aspectos: es un intelectual que ha pasado la mayor parte de su vida adulta en la universidad, reflexionando y escribiendo sobre las relaciones internacionales, criticando la actuación de los activamente responsables de la política americana y ofreciendo alternativas. Es un universitario a quien nunca le ha satisfecho enteramente vivir dentro del marco o de las normas académicas, creyendo que se podía obtener una mayor experiencia fuera de este contexto y que sería cometer un error ignorarla. Es un europeo —sensible a la tradición y a la historia y aceptando la posibilidad de una tragedia—, pero también un americano consciente de ciertas formas de poder y no raramente preocupado por los problemas morales.»

Pero, en rigor, la auténtica clave que nos permite profundizar en el absoluto conocimiento de Kissinger radica en lo que podríamos considerar como sus ironías y flagrantes contradicciones: La vida de Henry Kissinger —cuando menos para el autor de este libro— sólo puede ser comprendida por quienes están dispuestos a reconocer sus ironías

RECENSIONES

y sus contradicciones. Considerado como un hombre reservado, nunca mantuvo en secreto sus opiniones, que podemos encontrar en cualquier biblioteca. El hombre que se abrió camino con su inteligencia y su poder de persecución, supo muchos años antes de que fuera a Washington a ponerse bajo las órdenes de Nixon que la autoridad de ambos era limitada. Si la Historia no se lo hubiera enseñado, la experiencia de seguir atentamente la marcha de la Administración Kennedy le hubiese dado todas las lecciones necesarias. Habiendo alcanzado el éxito como universitario—un éxito que probablemente rebasó sus esperanzas—, encontró que este logro no llegaba a satisfacerle. Sus libros, como se desprendía de sus derechos de autor, se vendían razonablemente bien; no obstante ello no le dio a entender que muchas de sus teorías eran aceptadas del todo por quienes deseaba influenciar ante todo. Un hombre que era antes que nada hijo del siglo xx—una víctima de las persecuciones europeas y un beneficiario de las oportunidades que le brindó América—generalmente fue considerado como alguien que ambicionaba las glorias de una era pretérita. Hubiera sido más dichoso, decían algunos, en la época de Metternich o de Bismarck. ¡Qué tontería! Hasta tal punto hemos olvidado la historia como para ignorar qué tipo de vida hubiera llevado un judío de los medios de Kissinger en la Viena o el Berlín imperiales.

El mundo, en particular desde el viaje secreto de Kissinger a Pekín, ha querido convertirlo en un hombre misterioso, pero él no ha estado dispuesto a cooperar: de hecho, la verdad es precisamente todo lo contrario. Su descubrimiento, sin embargo, depende del conocimiento del hombre y en especial de su mente. Las pruebas para ello abundan en gran medida; sus voluminosos escritos contienen una fiel interpretación de las ideas sobre los problemas que son de importancia para él. No sería exagerado afirmar que ofrecen un retrato de su mente. Como tales, son de valor incalculable para quien tiene la paciencia de explorarlos. No hay nada sorprendente en el hecho de que sean tan inmensamente ricos. Kissinger, una vez llegado a su edad madura, se consagró incansablemente a escribir. Esta fue la actividad que más le absorbió, consumiendo la mayor parte de sus siempre abundantes energías. Cualquiera que observara a Kissinger estudiar detenidamente los borradores sucesivos de sus manuscritos, empezando por una versión en papel de tamaño folio escrita con mala letra y finalizando con las revisiones de última hora de un texto mecanografiado, que generalmente ya había circulado entre los amigos y que había sufrido tres o cuatro revisiones, hubiera sido consciente de que no se tomaba a la ligera esta tarea. Los resultados de este vasto consumo de tiempo y energía están a disposición de quien quiera consultar sus obras. Los ministerios de asuntos exteriores y las embajadas seguramente lo han hecho, pero los medios de comunicación de masas no han sido igualmente diligentes. Incomprendiblemente, se han desinteresado de las ideas de Kissinger; cuando, en raras ocasiones, han tratado de representarlas, lo han hecho de forma estereotipada e inexacta. Los centenares de semblanzas, perfiles, ensayos biográficos e informaciones en la prensa que han aparecido sobre Kissinger abundan en especulaciones sobre todos los temas imaginables, pero pocos dan muestra de una familiaridad sustancial con su pensamiento. Se nos dice constantemente que es cerebral e inteligente, uno de los hombres más dotados que ha entrado al servicio del Gobierno en las décadas recientes. ¿Qué manera mejor, cabría pensar, para juzgar la inteligencia de un hombre que leer

sus libros y artículos? Después de todo, no se trata de los borrones de un chico caprichoso...

Lo que es cierto, y de manera muy especial se pone de manifiesto en el libro que suscita el presente comentario, es que estamos en presencia de uno de los más agudos conocedores de la política exterior norteamericana: «Escritas en los años cincuenta y sesenta, sus obras constituyen un comentario continuo de los logros y fracasos de la política exterior de tres presidentes: Harry Truman, Dwight Eisenhower y John Kennedy. Ninguno de los tres, caso de haber leído a Kissinger, hubiera quedado especialmente complacido con los juicios emitidos por el mismo. Acerca de Johnson, Kissinger guardó virtualmente silencio. Es posible que ello supusiera el veredicto más condenatorio. De no haber escrito Kissinger ciertos de sus artículos antes de entrar a formar parte de la Administración Nixon, jamás los hubiese escrito. Pues Kissinger nunca escribió simplemente con objeto de dejar constancia de sus ideas; antes bien, su preocupación fue siempre la de realizar una política. Cuando notó fallos en la Administración Eisenhower, ofreció alternativas; cuando la Administración Kennedy, pese a su actividad frenética y publicidad masiva, consiguió resultados tan escasos en el campo de la política extranjera, expresó sus reservas y señaló las opciones que se habían descartado.

Todo ello forma parte del dominio público. No es preciso que aquellos que desean saber lo que Kissinger pensó acerca de Eisenhower, Kennedy o muchos otros líderes americanos consulten correspondencia privada ni documentos ultrasecretos. De hecho, el interés sobre el tema ha sido escaso; en cambio, toda la atención se ha centrado sobre lo que Kissinger escribió acerca de dos hombres de Estado europeos del siglo XIX: Metternich y Bismarck. El olvido de un conjunto de textos en favor de otro es siempre interesante; lo que hace que lo sea en particular en este caso; no obstante, es que muchos de los que han optado por exponer las concepciones de Kissinger sobre los hombres de Estado del siglo XIX dan muestras de la familiaridad más superficial con lo que en realidad dicen. Circulan nociones simples sobre la razón por la que se considera que a Kissinger le «gustaba» Metternich y Bismarck, y por lo que eran sus héroes. La indolencia puede explicar por qué el libro de trescientas cincuenta páginas de Kissinger sobre Metternich, que contiene algunos pasajes medianamente difíciles y exige al menos un interés histórico mínimo, aún no ha sido leído cuidadosamente; sin embargo, no puede explicar por qué alguien que no lo haya leído desea escribir sobre el mismo. En cuanto a las ideas de Kissinger acerca de Bismarck, incluso la indolencia no puede disculpar esos lapsus. En la medida en que Kissinger ha dado a conocer sus puntos de vista sobre el dirigente prusiano y suponiendo que hay razón como para estar interesado en ellos, sus opiniones pueden conocerse con un rápido examen atento de un único artículo de treinta y cinco páginas.»

Kissinger es, ante todo —y esta puede constituir la segunda clave de su triunfo—, un hombre profundamente identificado con los problemas de la época en que vive. Así, por ejemplo, lo describe el autor de las páginas a las que nos venimos refiriendo: «La vida de Kissinger poseía todos los rasgos característicos del siglo XX. Era agitada, activa y, últimamente, frustrante. Al fin y al cabo, Kissinger, al igual que el hombre bajo cuyas órdenes se iba a poner, no pertenecía a ninguna parte. En gran medida era hijo de su tiempo, y su carrera fue literalmente hecha posible por el hecho de que estaba dispuesto a pensar lo impensable y a reflexionar sobre cómo la tecnología de las nuevas armas

hacía caduca la diplomacia y la política, sin hablar de la defensa, de las épocas anteriores. Fue un pionero en el estudio de las implicaciones de las armas nucleares. Vivía en una sociedad que ya no colocaba barreras insuperables en el camino de alguien como él, nacido judío y refugiado alemán, que se había abierto camino sin la ayuda de relaciones familiares o recursos financieros. Kissinger no abrigaba ninguna ilusión sobre la razón por la que sus progresos habían sido posibles; otros, con menos talento, hubieran llegado más lejos mucho más fácilmente. El se valía de su único recurso: la inteligencia. Es notable que fuera capaz de guardar su reserva e independencia naturales en una carrera en que había tales incentivos poderosos para ser agradable y simpática. Su mente y su espíritu de trabajo le llevaron a la cumbre. No obstante, su gran intuición, que debía al estudio de la Historia, fue que la mente tenía sus propias limitaciones. No era un arma absoluta. Las dificultades intrínsecas de las tareas con que se enfrentaba el Gobierno no sucumbían repentinamente ante el poder de la inteligencia. Sabía que la mente lo había encumbrado donde estaba; sabía que aún podía llevarle más lejos. Pero era demasiado inteligente para creer que en la última instancia le proporcionaría la "paz perfecta" que los americanos habían estado buscando desde el momento en que llegaron por vez primera al Nuevo Mundo. Kissinger seguía siendo un europeo entre los americanos.»

Debe, pues, quedar perfectamente claro que Kissinger ha dedicado los mejores años de su existencia al conocimiento de las relaciones internacionales. Pocas figuras, desde esta perspectiva, resultan más brillantes que él: Una vez obtenido el título—narra su biógrafo—, se consagró rápidamente a un estudio intensivo de las relaciones internacionales. En las relaciones entre los Estados, creía, reside la futura paz del mundo y el destino de la raza humana. Así como antes había tenido necesidad de formarse en ciertas cuestiones teóricas y filosóficas, ahora experimentaba la necesidad de formarse en el campo de las relaciones internacionales. ¿Cómo iba a conseguir eso? Tenía ante sí varias opciones: podía elegir un sistema o modelo teórico que gozara de cierta reputación en el campo de las relaciones internacionales y luego someter este sistema a la clase de examen crítico para el cual había mostrado tanto talento. Otra posibilidad era elogiar un episodio histórico—utilizarlo como un estudio de casos—y juzgar la actuación de un hombre de Estado individual. Optó por esta segunda posibilidad y escogió el caso cuidadosamente. Sabía de forma precisa por qué deseaba pasarse varios años de su vida estudiando y escribiendo sobre dos hombres, Metternich y Castlereagh, que presentaban un interés muy escaso para la mayor parte de sus colegas. Kissinger los eligió porque tenía la impresión de que los dos habían contribuido a establecer una paz que duró un siglo. Creía que el estudio de sus realizaciones proporcionaría la clave del problema más importante de su tiempo: cómo mantener la paz.

Muy pocos de los que se interesaron por este problema, a juicio de Kissinger, habían captado su complejidad. Utilizaban sistemas explicativos que poseían un cierto atractivo retórico, pero sin gran valor analítico. Kissinger no esperaba hallar en las primeras décadas del siglo XIX una guía diplomática que le indicase lo que debieran hacer los americanos al negociar con los soviéticos sobre el problema de Berlín. No creía que los hombres de Estado o los investigadores pudieran consultar la Historia de una forma tan tosca y mecánica. Tampoco imaginaba que los cambios en la tecnología militar fuesen de corto alcance; precisamente sostenía todo lo contrario. Sin embargo, creía que

RECENSIONES

no todo había cambiado en las relaciones entre los Estados y que si se consultaban inteligentemente los registros históricos—en particular los documentos referentes a una negociación de paz fructífera— ello podía ser de gran importancia para cualquiera que estuviera interesado en saber más sobre los acontecimientos contemporáneos. Esto es lo que quería hacer para sí mismo...»

¿Cuáles son, por lo tanto, las principales ideas políticas que a nivel internacional defiende Kissinger? La respuesta no es del todo fácil, puesto que, entre otras muchas cosas, el inteligentísimo diplomático norteamericano ha meditado y escrito largamente sobre un amplísimo temario internacionalista, a saber: *la idea de la paz, los problemas del desarme, las relaciones Norteamérica-Europa, la sociedad soviética, la presencia internacional de China, etc.*

Comenzando desde el principio, debemos subrayar, puesto que el autor del libro así lo hace de manera destacada, que Kissinger censuraba siempre que tenía ocasión la tendencia que tienen los americanos a creer que la paz era la pauta «normal» de las relaciones entre Estados y de que todo lo demás era una aberración. Ninguna idea, escribió, «puede ser más peligrosa». Repitiendo un argumento ya expuesto en *A World Restored*, Kissinger puntualizaba que la paz nunca puede constituir el fin de la política exterior y que más bien tenía que ser considerada como un premio concedido a una política bien formulada. La supervivencia, insistía Kissinger, dependía de la disposición de correr riesgos sobre la base de un conocimiento parcial y en aceptar una realización menos perfecta de los principios de cada cual. «La insistencia en los absolutos, tanto en la valoración de la provocación como en la evaluación de los posibles remedios—escribió—es una prescripción para la inacción.» Al proponer una «concepción más dinámica de los asuntos mundiales», definió su finalidad de la siguiente forma: «Estar dispuesto a aprovecharse de las oportunidades existentes en la órbita soviética, de la misma forma que el bloque soviético se siente libre de explotar todas las dificultades del mundo no soviético.»

Por otra parte, sugiere el autor de estas páginas, «la idea de que el desarme total garantizaría la paz universal, para Kissinger era una de las diversas panaceas que habían sido hábilmente explotadas por la propaganda y la diplomacia soviéticas. Un sistema de control del desarme total debería permitir una forma de inspección tan compleja que, sólo en lo que se refiere a Estados Unidos, precisaría unos 30.000 especialistas altamente entrenados. Kissinger sugería que el estacionamiento de tantos inspectores en los países extranjeros y la capitulación del control sobre lo que tradicionalmente se había considerado como los atributos claves de la soberanía plantearía de suya problemas de un tipo sobre los que no se había reflexionado mucho.

El problema que suponían los encubrimientos o incluso el problema de definir tales encubrimientos sería imponente. Kissinger se preguntaba si una de las consecuencias inintencionadas del desarme—aun cuando éste fuera sometido a inspección—no sería la militarización de la sociedad. «Bajo condiciones de desarme total y ante la amenaza de engaño por parte del adversario—Kissinger escribió—la seguridad podía mantenerse mejor con la militarización de lo que tradicionalmente se ha considerado como los aspectos civiles de la vida nacional.» Si era difícil distinguir los aspectos de la vida civil de los militares, la inspección se volvería irremediablemente complicada o sin sentido alguno...»

RECENSIONES

Por otra parte, especifica el autor, al considerar el problema de la proliferación nuclear, Kissinger observaba que un reciente informe de un comité de la Academia Americana de Artes y Ciencias indicaba que once países estaban en condiciones de producir armas nucleares dentro de cinco años, caso de proponérselo, y que otros ocho les iban a la zaga. Seis de los diecinueve eran miembros de la OTAN; cuatro formaban parte del Pacto de Varsovia. Los secretos atómicos habían dejado de existir. El único obstáculo para la producción de armas nucleares era técnico; en definitiva, una cuestión de ingeniería. Dado un cierto nivel de desarrollo industrial, cualquier país era capaz de producir ingenios nucleares. Kissinger estaba de acuerdo en que una dispersión incontrolada de tales armas alteraría profundamente la estructura de las relaciones internacionales. Así, pues, ¿por qué los países excluidos del club atómico ansiaban poseer armas nucleares? Porque tenían algo que temer de una de las grandes potencias; porque querían ser independientes de las potencias nucleares establecidas; porque eran rivales de otros países asimismo excluidos del club o los temían; porque anhelaban el prestigio nacional. Aunque las armas nucleares dieran al país en cuestión una capacidad mucho mayor para causar estragos, Kissinger dudaba que mejoraran su posición estratégica las potencias menores respecto a las superpotencias. Ningún país atómico en potencia, con la excepción de China, escribió Kissinger, podía ofrecer resistencia a un ataque preventivo por parte de una gran potencia. Igualmente, con la excepción de China, ninguno de ellos podía iniciar un ataque contra una superpotencia nuclear sin ser aniquilado. Un país nuclear en ciernes que careciera de aliados sería irremediablemente vulnerable, y aun cuando tuviera aliados no podría estar seguro de su respaldo en todas las circunstancias.

Refiriéndose el autor al papel del protagonismo internacional de los Estados Unidos en todo el mundo, se detiene a considerar muy de cerca que, efectivamente, su enorme potencial económico y armamentístico nada significan, puesto que, como perfectamente lo advierte Kissinger, «la gran paradoja de la era nuclear es que el poder nunca ha sido mayor y, sin embargo, también jamás ha sido menos útil». Por lo visto, la guerra es impensable y la necesidad de perfeccionar la diplomacia se impone como norma suprema.

En orden al futuro de las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, el actual secretario de Estado norteamericano se muestra absolutamente pesimista: no es fácil asegurar si, efectivamente, Europa y los Estados Unidos estarían plenamente de acuerdo en la solución de los problemas básicos. Por eso mismo, puntualiza Kissinger, «los Estados Unidos harían bien en prepararse para los desafíos europeos a su hegemonía, que podría muy bien resultar ser el precio que Estados Unidos pagasen por la unidad europea. La mayoría de los americanos—ha dicho el eminente diplomático—han venido obrando y siguen obrando como si no hubiese ningún precio que pagar; la unidad europea vendría como un regalo gratuito».

Enormemente sugestivas son, igualmente, cuantas consideraciones el autor expone en torno del pensamiento de Kissinger en relación con la presencia de la URSS y de China. La paz depende, sugiere, de la armonía y conexión de un triángulo—Estados Unidos, URSS y China—. Consecuentemente, y he aquí la conclusión final a la que llega el autor de estas páginas, Kissinger ha tenido siempre ideas personalísimas para conseguir cierta aproximación al entendimiento entre los pueblos dirigentes del mundo contemporáneo, a saber: «El objeto de Kissinger era lograr un orden internacional

estable. Este fin trascendía a todos los demás. A su entender, era el requisito necesario de la paz. Aunque el mundo tendía a prestar la mayor atención a las diferencias específicas que separaban la Unión Soviética y Estados Unidos y, con harta frecuencia, pretendía que eran menos sustanciales de lo que parecían, Kissinger no estaba de acuerdo con este punto de vista. Los problemas que no se habían resuelto a lo largo de más de veinte años no sucumbirían repentinamente ante sus manejos o ante los de una nueva generación de dirigentes del Kremlin. Kissinger no creía en las conversaciones instantáneas. No obstante, creía en las posibilidades educativas de la diplomacia, apropiadamente concebida. Se interesaba menos por la técnica negociadora que por los objetivos de la negociación. En su opinión, el "estadista" no era una figura de la Historia, destinada a ocupar su sitio en un panteón que encerraría a las personalidades más distinguidas del pasado. Kissinger creía que el arte del gobierno era una posibilidad del siglo xx. Las dotes del hombre de Estado, ante todo, psicológicas: debía saber apreciar los objetivos de las sociedades distintas de la suya. Tenía que ser capaz de juzgar correctamente la relación de fuerzas real. Debía poseer una "visión" y saber cómo traducirla a la realidad. Su incapacidad para hacer creíbles sus ideas a su propio pueblo le derrotaría. Lo mismo cabía decir de su incapacidad en comunicar sus principios a los demás, incluyendo a quienes representaban a los Estados que eran hostiles o neutrales respecto a su propio país.»

Kissinger, pues, es, sin duda, la figura estelar de la política internacional contemporánea y poseedor, independientemente de la firme personalidad que le caracteriza, de dotes—casi milagrosas—para imponer la paz, establecer el diálogo y sustentar, quiérase o no, el prestigio de los Estados Unidos. Prácticamente, cosa que dogmáticamente se puede afirmar, él ha evitado con su gestión personal que el prestigio de los Estados Unidos se lesione más gravemente. Libro, pues, directo para un eficaz conocimiento del hombre que, desde hace dos décadas, ha venido preparándose para ser lo que es: un político excepcional.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE: *Los cien últimos días de la República*. Luis de Caralt, Editor, Barcelona, 1973, 323 pp.

Del 24 de diciembre de 1938—comienzo de la ofensiva de Cataluña—al 1 de abril de 1939—final de la guerra española—: cien días. Ni uno más ni uno menos. Afortunadamente para el lector, si el libro termina en su momento, se despliega bastante antes de Nochebuena para hacerse comprensible. Estamos ante una magnífica obra, a las que nos tiene ya acostumbrados el coronel Bande, del Servicio Histórico Militar. Que en situaciones puramente militares fuera preciso, sería lo de menos. Al fin y al cabo cultivaría su oficio. De lo que aquí se trata, *sobre todo*, es de enfrentarnos con una serie de entresijos de la guerra, que en ese período son básicamente tres: las conversaciones Casado-«Burgos», la conspiración y golpe de Casado (paralelamente al frustrado de Negrín) y los raros y confusos episodios de Cartagena. Por supuesto, hay ya buena biblio-

grafía y hasta monografías al respecto, sobre todo en lo que a Cartagena respecta. Pero el tremendismo bibliográfico de la guerra civil no surge tanto por sus baches y lagunas, que los hay, como por la catarata de documentación y testimonios contradictorios en situaciones determinantes. Pues bien, Bande se ha mostrado maestro en discernir entre tanto mare mágnum. A veces, para salir airoso de estas pruebas hay que proceder más con la lógica intuición y deducción de un Sherlock Holmes que con el aparato del historiador. Si ambas cosas se refunden, mejor que mejor. Y esto es lo que encontramos en este libro.

Desmitifica el nivel de penetración comunista a lo largo del libro, sobre todo en el epígrafe «Antifascismo anticomunista», en lo que a la masa popular refiere. La intervención comunista se demuestra en toda su paradoja. Los comunistas fueron los más brillantes organizadores, los antirrevolucionarios (o al menos no-revolucionarios por excelencia), los que hicieron posible, con ayuda soviética, la viabilidad de la guerra, pero también su control por Moscú hizo que tuvieran que cambiar de política a partir de Munich, cuando Stalin trató, si no de acercarse a los alemanes, sí de no interferirlos ni inquietarlos más. Por todo ello, la política del «resistir» de Negrín era más verborrea que otra cosa a partir de entonces. El golpe de Casado simplificó las cosas: los golpistas tendrían que pechar con la derrota, en tanto que los peces gordos del aparato comunista se irían traicionados e inmaculados. En este sentido cita a Madariaga, Juan López, Peirats, Castro Delgado, Alvarez del Vayo, Hernández, García Prados... y el inevitable Zugazagoitia. El coronel Bande no entra siquiera en la sombra de una polémica. Pero no deja de llamar la atención que apoye tanto sus tesis en el libro del último autor, publicado en 1940 y resucitado con otro nombre hace unos pocos años. Pues bien, en el prólogo que le pega uno de nuestros geniecillos de anteojeras no solamente no conjuga los datos esenciales de la política de Negrín, sino que ni siquiera se ha enterado de los párrafos esenciales del prologado y sufrido autor. Eso significa que, pese a testimonios apabullantes, no debe ser fácil escribir y llegar a conclusiones tan normales y lógicas como las que encontramos en este libro de Bande.

De la misma manera opera el autor con los otros episodios, más técnicos y menos recargados de entresijos internacionales o extranacionales. En tal sentido, si los comunistas querían su puente de plata, ¿por qué Barceló estuvo a punto de hacerse con el tinglado casadista una vez evacuados los jefazos? Una buena pista la da ya *El Campesino*, que se las tuvo que arreglar por su cuenta en Almería y *por mar*. Barceló no tenía siquiera su categoría. Los ajustes de cuentas, totales con el POUM en 1937, no habían llegado a tanto con los anarcosindicalistas. Ahora, en marzo de 1939, podía ser la ocasión. El origen de la decisión puede recaer en el mismo Barceló.

El libro da alguno que otro flechazo sociológico (aparte de categorías sociológicas más amplias, como el lamentable estado de la retaguardia republicana y la que podríamos llamar aparición de la nequinta columna, más que reaparición de la inicial de 1936). Así, por ejemplo, el retrato que hace de la capital de Franco: «En política, Burgos ha estado siempre frente a todo ideal revolucionario. Ciudad eminentemente conservadora, sus gentes más avanzadas serían casi tildadas de reaccionarias en otras capitales.» En tales condiciones, la sangre vertida en Salamanca «al calor de la unificación» no llegaría a tal capital castellana. Tampoco lo que podría ser meramente anecdótico, pero en una

RECENSIONES

situación clave, se le escapa al autor, como, por ejemplo, ocurre con la metamorfosis que sufrió el último parte de guerra redactado por el propio Generalísimo.

Lo que debería haber quedado claro de una vez para todas fue el decisivo papel jugado por Londres en nuestra guerra. Baste lo pone al descubierto, aunque sea indirectamente: «La actitud de la Gran Bretaña aparecía definida como esencialmente conciliadora, ante el temor de que el conflicto español se extendiera por Europa. No es que el presidente (*sic*) Chamberlain simpatizara con el general Franco, pero para él había algo peor que el triunfo franquista: el de «la otra España» (página 98). En cambio, en la página siguiente y referido a Francia, habría que matizar: «aunque ya no gobernaba León Blum, lo hacía Daladier, a cuyo equipo gubernamental no inspiraba ninguna simpatía ni el general Franco ni su ministro de Asuntos Exteriores, general Jordana». Bueno, si por «equipo» se entiende el todo, posiblemente, pero si la clave del equipo la precisamos, el ministro de Asuntos Exteriores, Bonnet, entonces habrá que reconocer que la cosa cambia totalmente de sentido. Tampoco uno es partidario de hablar de III República al régimen destilado por la guerra, al menos hasta después de la no reincorporación de Azaña y las Cortes tras la batalla de Cataluña. Todo lo más de una II bis. Que el futuro decida la enumeración.

Tal es el magnífico libro que, más que enzarzarse en operaciones militares sin dificultades, trata de diseccionar el *modus operandi* de la tramoya republicana, y lo consigue sobradamente. Seis documentos sobre las conversaciones Casado-«Burgos» van anexos, así como una selecta bibliografía que el autor utiliza en su libro.

TOMÁS MESTRE

GIUSEPPE FERRARI: *Scritti politici*. Unione Tipografico-Editrici Torinese, 1113 pp. ill, Torino, 1973.

Magníficamente editado y precedido de una sugestiva nota preliminar, aparece este volumen, que recoge diez estudios políticos del renombrado polígrafo milanés.

Ferrari condensó, en su figura y en su labor, las inquietudes que preveían en la segunda mitad del siglo XIX. Época fecunda para el pensamiento social y político, en razón al desamparo de las clases trabajadoras, las injusticias del capitalismo y la falta de acomodación a las nuevas condiciones introducidas por el auge del maquinismo. El ambiente general de desconcierto derivó, en la fuerte agitación que había de culminar en Francia—país donde reside Ferrari desde 1837—con la revolución de 1848. Las corrientes ideológicas liberales fueron absorbidas en París por el joven emigrado, determinando, con carácter irrevocable, la futura orientación de toda su obra. El 29 de agosto de 1840 obtiene el doctorado en la Facultad de Letras de la capital francesa y establece una profunda amistad con Proudhon—a quien consagra un importante estudio incluido en este volumen—, que ha de continuar hasta la muerte del último en 1865. En el clima de fermentación ideológica que dominaba los ambientes intelectuales de París, donde discurría la existencia de Ferrari, el polígrafo milanés hizo advertir pronto su

presencia a raíz de la publicación de una serie de obras que desencadenaron violentas polémicas. Ya en una de sus dos tesis para el doctorado de Letras—*De religiosis Campanellae opinionibus*—había atraído la atención del Tribunal examinador, que dictaminó las «brillantes cualidades» del candidato. En ese estudio, Ferrari subraya el ideal campanelliano de igualdad y justicia coexistente con las creencias religiosas. Pero la vivacidad de su temperamento y el inconformismo que le caracterizaban promovió constantes conflictos del pensador con las autoridades académicas y políticas. Repasando la trayectoria vital de Ferrari se advierten no escasos puntos de contacto—en la exuberancia temperamental y en la predisposición a exponer sus ideas sin cortapisas—con nuestro don Miguel de Unamuno. Al igual que el genial profesor de Salamanca, también Ferrari practicaba el deporte intelectual de arremeter «contra esto y aquello»—así, afirma más de una vez el milanés, «a cualquier precio, sin ninguna consideración»—, lo que jalonó su existencia de amargos sinsabores.

En noviembre de 1841 había obtenido Ferrari la suplencia de la cátedra de Filosofía de la Facultad de Letras de Estrasburgo, donde comenzó un curso sobre filosofía del Renacimiento. A los dos meses escasos, surge la protesta de los medios católicos por las enseñanzas impartidas por Ferrari, y el ministro de Instrucción ordena un informe de su actividad académica. El inspector designado señalaba la imprudencia del profesor, que turbaba al auditorio católico con frases irritantes. La actitud de Ferrari deriva del conflicto entre la personalidad religiosa del Pontífice y la política de jefe de Gobierno de los Estados pontificios, que llevaba «a considerar como sustento indispensable del poder espiritual al poder temporal sobre un determinado territorio» (Elorza Domínguez). La actitud de Ferrari motiva que, a primeros de febrero de 1842, sea suspendido el curso por orden ministerial.

Simultáneamente, en esas mismas fechas, toda la corriente moderada de la emigración italiana en París se alza contra Ferrari. Gioberti expone públicamente su condena, insertando en *L'Univers* una carta en la que declara que ningún emigrado italiano considera, en lo sucesivo, a Ferrari como compatriota después de las injurias que éste ha publicado sobre Italia. En este juicio de Gioberti se demuestra su error de perspectiva, ya que los criterios de Ferrari—futuro senador italiano—se centran sobre un régimen determinado y no sobre el país.

Como las autoridades académicas de Estrasburgo reconocen que las ideas políticas de Ferrari son sospechosas a la policía—aunque subrayan que en la cátedra siempre se había limitado a exponer hechos históricos—el Ministerio determina su alejamiento de las tareas docentes, señalándole una indemnización a cargo del fondo destinado al estímulo de las ciencias y de las letras. En el año siguiente, 1843, cuando obtiene una agregaduría de liceo, tampoco logra autorización para ejercerla.

Es a partir de este momento, 1844, cuando Ferrari comienza a escrutar los problemas políticos contemporáneos en una serie de estudios que se insertan en este volumen. Hasta entonces había publicado obras de carácter científico y de contenido esencialmente filosófico. Tras dos breves opúsculos—*Frammento sui neo-guelfi* y *La rivoluzione e le riforme in Italia*—, se incluye en este volumen el magistral *Machiavelli giudice delle rivoluzioni dei nostri tempi*, aparecido en 1849, año que señala el fin de su incómoda situación, ya que el nuevo ministro de Instrucción, Hyppolite Carnot, le

había reingresado en la cátedra de Estrasburgo. Durante ese intervalo había redactado el catálogo de los manuscritos italianos existentes en las bibliotecas parisienses y había aparecido una de sus obras de más empeño: *Essai sur le principe et les limites de la philosophie de l'histoire*. También había expresado, en una serie de artículos aparecidos en *Le Peuple constituant*, su convicción sobre la madurez política del pueblo francés, la necesidad del sufragio universal y la de una nueva organización del trabajo.

En el *Machiavelli* aborda el tema con una pasmosa profundidad y una perspectiva enteramente nueva, que descubre el «robusto pensiero del Secretario di Firenze», señalando que «imprevisor, incapaz, como político, Maquiavelo es el más grande histórico de su edad; nadie le supera en el análisis de los hechos acaecidos».

La siguiente obra, *La Federazione repubblicana*, data de 1851. Habían transcurrido dos años desde la publicación de *Les philosophes salariés*, que había marcado la ruptura definitiva de Ferrari con el mundo académico francés. En *La Federazione*, una de sus dos mayores obras políticas, Ferrari examina los principios sobre los que se deberá organizar un nuevo partido democrático, republicano, federalista y socialista italiano. El socialismo—tan extendido en la Europa de nuestro tiempo—levantaba entonces los mayores recelos y Ferrari lo interpretaba así: «La nueva palabra del socialismo requiere la transformación económica de la sociedad, un nuevo equilibrio de la riqueza» (p. 901). Ferrari estudiaba los fenómenos políticos con el estado de ánimo propio del científico. La orientación de Ferrari y otros colegas, opuestos a Mazzini, suscitaba profundas polémicas, llegándose a afirmar que había producido «daños incalculables» en las filas de los liberales.

En ese mismo año de 1851 comienza Ferrari sus viajes, cada vez más frecuentes, a Italia, y que prosigue hasta 1859, culminando con la presentación de su candidatura para el Parlamento italiano, siendo elegido diputado en 1860 y debutando en una solemne ocasión que él mismo describe: «Entraba yo en el aula del Parlamento el día en que se discutía la cesión de Niza y Saboya a Francia. El conde Cavour estaba alegre y era venerado, todos permanecían pendientes de sus labios, todos creían que podía conquistar la libertad con su particular astucia...» (p. 915). Ferrari se opone con agudas razones a esta cesión. Su actividad parlamentaria es, desde entonces, incesante y comienza a recoger en su patria los honores académicos que tanto le habían regateado en Francia. En 1862 se le nombra profesor honorario de la Universidad de Nápoles, Manzini le llama para cubrir la cátedra de Filosofía de la Historia en Milán. Profesa un curso en la Universidad de Turín y, en 1864, es nombrado profesor ordinario de esa Universidad. Se le otorga el ingreso en la Orden de San Mauricio y San Lázaro, que rechaza alegando que «dedicado a la filosofía, que es extraña a toda distinción exterior», no puede aceptarlo. A partir de entonces, las tareas universitarias—profesor de Filosofía en Florencia (1865), curso sobre el Imperio Bizantino en la Universidad de Roma (1870)—y parlamentarias absorben la mayor parte de su tiempo, aunque aún encuentra el suficiente para proseguir sus publicaciones. De tal forma, junto a escritos políticos y filosóficos, aparecen algunos que abordan temas internacionales, entre ellos *La Chine et l'Europe*, de raro mérito. En 1876 fallece, poco después de haber sido nombrado senador.

En este volumen, aparte de los trabajos mencionados, destaca su magna *Filosofía della rivoluzione*, que más bien podría denominarse «revolución de la filosofía». Es

RECENSIONES

un «libro docto, fuerte y austero», como afirmara Cattaneo. Por tratarse de una obra ya clásica resultaría ocioso emitir un juicio crítico, que ya ha sido expuesto, reiteradamente, por sucesivas generaciones de pensadores. Aparte de la dificultad de condensar el caudaloso pensamiento de Ferrari, puesto que, como bien afirma Silvia Rota en la introducción, «un juicio de conjunto sobre el pensamiento político de Ferrari... no es formulable fácilmente, o por lo menos requiere un discurso articulado». En la densidad de esas páginas se conserva vivo el aliento poderoso de Ferrari.

La Unione Tipografico-Editrice Torinese merece plácemes por haber recopilado—en tan bella edición como la que comentamos—estos trabajos dispersos de perenne valor.

JULIO COLA ALBERICH

JORGE ABELARDO RAMOS: *El marxismo de Indias*. Editorial Planeta, Barcelona, 1973, 297 pp. (Col. Biblioteca Universal Planeta, 68.)

No hay que leer demasiado este libro para comprender que su autor—historiador, ensayista y crítico literario—sea un hombre contravertido en su país, como lo sería en cualquiera. Argentino nacido en 1921, ha visto surgir toda esta extraña fenomenología peronista; extraña, sobre todo, por su persistencia. Será argentino, pero piensa como «latinoamericano». Este libro es un conglomerado de artículos o capítulos de su obra entre finales de los cincuenta y principios de los setenta. De acuerdo con su ficha personal, lo abarca todo: Argentina, Latinoamérica..., y subsidiariamente, el mundo. Filias y fobias (más las últimas que las primeras), exageraciones, contradicciones objetivas y consigo mismo, y un enorme caudal de originalidad y de pasión. Y es esto último lo que incita a la lectura y hace de la lectura cualquier cosa excepto un ejercicio piadoso. Es un caudal desbordante de vientos y tempestades. Hará bien el lector en sujetarse para no ser envuelto por el torbellino.

Abelardo Ramos es un curioso intelectual, un curioso político, un curioso marxista y un curioso trotskista. Sus planteamientos son cortantes: quien no está con él, está contra él, o por lo menos está equivocado o esta haciendo el ridículo. No obstante, sus propios bandeos y bandazos, sobre todo *a partir* del momento ya no cubierto por el libro (la nueva llegada del peronismo al poder y luego del propio Perón), son igualmente notorios. Y sin embargo, dentro de unas ideas tan aparentemente cortantes como son las suyas, su relativismo es igualmente llamativo. ¿Cómo puede ser peronista o colaboracionista del peronismo un marxista-trotskista? Es un casamiento de verdad extraño, a no ser que nos acojamos a la idea de la «burguesía nacional» y tal. Pero es mucho menos extraño la boda a la que aspira entre Bolívar y Marx.

Uno no sabe a ciencia cierta si estamos ante un revolucionario o ante un posibilista avanzado. Fusionarse electoralmente con el Frente Justicialista después de la masacre organizada del aeropuerto de Ezeiza y el proceso de desmarxistización a ultranza que ha seguido es difícil de comprender por parte de un hombre con pluma tan afilada contra otros, y que pueden ir desde Borges y Sábato hasta Debray. Los unos por

RECENSIONES

cosmopolitas y vendidos o inspirados por los europeos (ingleses, básicamente) y el otro por «stalinista» o alguna cosa fea por el estilo. Porque, para Ramos, todo comunista orientado hacia Moscú es stalinista, incluso a partir del XX Congreso del PCUS. Ser cosmopolita es un crimen; la esencia debe ser nacional. Curiosamente, fue Trotski el que veía más allá de sus narices, pero fue Stalin quien jugó la carta gran-rusa y se llevó el gato al agua. Y sin embargo, también Ramos reconoce que Trotski no descubrió la verdadera problemática y posibilidades latinoamericanas hasta que llegó a Méjico en 1938. Claro está que ni Marx ni Engels fueran devotos de los países atrasados; es más, diríase que, tomándolos a su cargo, las potencias imperiales, que eran industriales y tenían, por ende, un proletariado les hacían un favor. No parecía resentir Marx la anexión de la mitad de Méjico por USA, aunque sí lo habría resentido Bolívar.

Como tanto intelectual del Tercer Mundo, cree que su tierra es coto cerrado, en vez de examinar por sus propios méritos cada trabajo. El pobre Debray sale frito de la prueba. «El aire del trópico ha embriagado a Debray y ha venido a sentar plaza de teórico. El diploma de soberbia con que la Sorbona expide a sus alumnos tiene doble valor en esta pobre América latina.» Frases incisivas como ésta las encontraríamos a cientos. Aunque sólo fuera como excelente escritor, el libro merecería la pena de serle leído. Pero el libro es ideología (*sui generis*, por supuesto) y política a la una. Y las cosas van tan rápidas por aquellas latitudes que me da la sensación que también «el aire del trópico» ha aprisionado a Ramos. Respecto a la segunda vuelta del peronismo con Perón y todo lo que estamos leyendo día tras día, cabría preguntarse si el coprotagonista J. Abelardo Ramos no es víctima voluntariosa de esta frase suya: «La historia se da dos veces, según Hegel, pero Marx añadía que la primera vez se da como tragedia y la segunda como comedia.» Es cuestión de *wait and see*, que diría Borges.

En todo caso, todo sea por la causa de «latinoamericanizar el marxismo y marxistizar a América latina». «América latina no carece de mártires, sino de políticos revolucionarios y de revoluciones triunfantes. Es cierto que la lucha revolucionaria exige su tributo al martirio, pero el martirio por sí mismo no prueba la verdad del camino elegido. Este debe ser demostrado por otros hechos. El más importante de ellos es el conocimiento escrupuloso de la realidad económica y social de América latina.» Al leer esto uno piensa en Salvador Allende. Ramos lo había escrito en 1968, en su *Historia de la nación latinoamericana*, es decir, cuando Allende todavía no había llegado a la presidencia. Pues bien, del mismo libro es este pasaje: «Del mismo modo, un marxista rechazará con mayor energía todavía a los “propagadores de marasmo”, como el stalinismo y “socialismo” de Chile, que defienden la teoría del “camino pacífico” hacia el socialismo.» (Aquí, en nota de 1972, agrega: «Es completamente obvio que este juicio general no puede invalidar la simpatía que toda América latina siente por el Gobierno de Salvador Allende, en su lucha tenaz contra el imperialismo.») Pero con lógica más que con intuición, seguía escribiendo: «Es “obvio” que ninguna clase social reaccionaria de América latina y del mundo cederá su lugar por la persuasión a la nueva clase social que lucha por reemplazarla. Este debate con los reformadores concluyó en 1917.»

Su otro gran tabú es la «guerrilla», más aún que la experiencia de Allende. En Fidel Castro ve su triunfo por la «alianza de clases», y en que fuera nacionalista primero

RECENSIONES

y marxista después. Razonar de otro modo es hacerse peligrosas ilusiones, lo cual es verdad. Pero también da a Fidel lo que es de Fidel, pues «Fidel invierte el hábito tan común en América latina de subir al caballo por la izquierda para terminar bajándose del caballo por la derecha». Sí, señor.

Y dicho todo esto, ya sólo es cuestión de seguirle la pista al autor de este libro.

TOMÁS MESTRE

LIDDELL HART: *Memorias de un cronista militar*, Londres, 1965, versión española, Barcelona 1973, 565 pp.

El lector conoce la larga lista de escritores extranjeros dedicados a temas militares muchas veces citados en nuestra REVISTA y le son familiares los nombres de Raymond Aron, Eddy Bauer, André Beaufre, Claude Delmas, Charles de Gaulle, Dwigth Eisenhower, J. F. C. Fuller, Pierre M. Gallois, Guderian, Miksche, Montgomery, Camille Rougeron, Carl Schmitt, Alexander P. Severski, Vasilis D. Sokolovsky, etc. Pero entre todos ocupa un destacado lugar el inglés Liddell Hart, que ha sido calificado como el *Clausewitz del siglo XX* y del que dijo el mariscal Montgomery era el escritor militar británico más importante de nuestra época, tanto por la cantidad de su obra literaria: más de cincuenta títulos y miles de artículos en todas las revistas y periódicos del mundo, como por la calidad e influencia que sus libros han representado en la evolución de las armas y de los métodos de combate, ya que con su labor científica y divulgadora ha contribuido poderosamente a formar una mentalidad en las élites y clases directoras de todos los países, cualquiera que sea su actividad: política, económica, jurídica, etc., en relación al fenómeno sociológico de la guerra, que para gracia o desgracia de la Humanidad puede decirse tiene una continuidad histórica de permanencia en la vida de los pueblos y que, por tanto, no cabe ignorar. Exponer ideas y teorías formativas sobre tan importante cuestión es la labor a que se ha dado Liddell Hart y que, sin duda, viene realizando con indudable éxito por el impacto que sus publicaciones causan, no solamente en círculos intelectuales, sino incluso en el gran público.

Nacido en París el 31 de octubre de 1895, tras estudiar en Cambridge recibió el Despacho de teniente de Infantería del Ejército inglés en 1914. Combatió en el frente occidental y en 1920 escribió el *Manual* oficial para la instrucción de la Infantería.

En 1924 queda inválido por heridas recibidas, y en 1927 Liddell Hart abandona el servicio activo y dedica su tiempo a la meditación, al estudio y a la publicación de sus puntos de vista sobre el hecho bélico y sus implicaciones en el mundo circundante. Es muy posible que sus publicaciones anteriores a la II Guerra Mundial no pasaran inadvertidas para el Estado Mayor alemán, que puso en práctica muchas de las ideas por él sustentadas, especialmente sobre guerra mecanizada y carros de combate, al decir de algunos comentaristas y críticos de su obra.

La temática que ha cultivado es muy amplia y variada, y comprendió desde la trascendental obra *La estrategia de aproximación indirecta* a *Los carros de combate*,

pasando por la obra objeto de nuestro comentario, en cuyas páginas se encierran miles de provechosos conceptos, deducciones y enseñanzas, algunos de los cuales anotamos a continuación.

Hablando del mariscal Montgomery dice que «no aparentaba tener cualidades natas de jefe o destacada habilidad en el manejo de hombres», si bien su dedicación y esfuerzo le convirtieron «en uno de los soldados más enteramente profesionales del Ejército». «Montgomery no solamente estudiaba historia militar, sino que se aprovechaba de ella más que la mayor parte de sus compañeros. En particular, aprendió los métodos por los que Napoleón y otros grandes capitanes habían sabido impresionar a las tropas y obtenido una respuesta entusiasta en sus ejércitos. Monty se nos muestra como un ejemplo eximio de que el jefe nato puede ser superado por el jefe "hecho"; y hecho a base de una dedicación constante al trabajo y de un estudio exhaustivo de los problemas militares.»

En relación a la Guerra Mundial 1914-1918 escribió estos conceptos: «En contra de lo que mucha gente se imaginó en los años posteriores, yo no era un "rebelde" instintivo. En realidad, mis cartas del tiempo de la guerra y mis primeros escritos revelan una inclinación casi crédula a presumir que el alto mando era profesionalmente impecable y dotado de gran sabiduría. Solamente se desarrolló en mí un afán más crítico, de manera gradual, al observar cuán impropios resultaban sus métodos tácticos respecto a las condiciones actuales del campo de batalla y, posteriormente, al llegar a estar en íntimo contacto con los generales responsables de tales tácticas. La alentadora experiencia de ser requerido, siendo tan joven, para redactar el manual táctico de la posguerra para la infantería se vio acompañada por la desilusión al comprobar la esterilidad de ideas que manifestaban la mayor parte de los generales, y cuán embrollados se mostraban a la hora de sacar provecho de la experiencia de cuatro años en la mayor guerra de los tiempos modernos. Generales como Ivor Maxse y David Campbell, que comprendiesen la necesidad de nuevas tácticas, no era frecuente encontrarlos.»

«La historia demuestra que, como regla general, los ejércitos aprenden de la derrota, pero no de la victoria; que es la facción que pierde la que capta las lecciones de la guerra, mientras que el vencedor se muestra peligrosamente dormido.»

En la década de los años 1920 lucha íntimamente asociado a Fuller para divulgar las nuevas ideas sobre utilización de los carros de combate y de la mecanización, que encontraban tenaz oposición en los tradicionalistas «que establecían que el Ejército británico debía fiarse ante todo de la combinación del *hombre y caballo*».

Para dar una muestra de la importancia de Liddell Hart como escritor bastará decir que su libro *Futuro de la Infantería*, publicado en 1933, «fue bien recibido en Gran Bretaña, y también en América, pero con mayor entusiasmo en Alemania, donde la edición traducida circuló mucho en el Ejército y fue usada en la instrucción de los regimientos de Infantería motorizada de las divisiones panzer que se formaron en 1935, así como adoptado de texto de los *Waffen S. S.*».

Estudiando la obra de Liddell Hart puede apreciarse, sin lugar a dudas, la gran importancia que para la Institución Militar y para el país representan la existencia de hombres con inteligencia y capacidad de observación y meditación, que expresen valientemente sus ideas y sean promotores de nuevas armas y métodos de combate ante

la continua evolución a que los ejércitos se ven sometidos por el avance científico e industrial, por las nuevas técnicas de ayuda a la decisión y por nuevas consideraciones sociales y humanísticas.

Como consecuencia de la experiencia adquirida durante los nueve meses que fue consejero del ministro de la Guerra Leslie Hore-Belisha, que fue el impulsor de la reorganización del Ejército inglés, pone de manifiesto «la resistencia profesional a efectuar cambios»; afirmando *que dicha resistencia es un «caso histórico» de tipo universal y eterno, aplicable a cualquier país o época.*

En ese tiempo (junio de 1937) Liddell Hart redactó un documento que había de tener gran influencia: la primera parte, 18 páginas, se titulaba: «El Ejército británico: consideraciones sobre sus efectivos, organización y funciones»; la segunda parte, 15 páginas, tenía este título: «Sugerencias sobre la reorganización del Ejército para adaptarse a las condiciones modernas, teniendo en cuenta principalmente la misión de defensa del Imperio.»

Sobre la «edad de los generales» demostraba que el promedio era ahora de tres a cuatro años más alto que en 1914, teniendo en cuenta que en aquella ocasión más de la tercera parte de los que se encontraban en campaña «desfallecieron o fueron relevados de sus mandos».

Y en cuanto al conjunto de la estructura orgánica, llega a afirmar categóricamente que *la organización del Ejército no se ha ajustado a los cambios fundamentales de los conceptos tácticos.* Y asimismo expresa: «Me parece que aún no se han dado plena cuenta de que la mecanización del Ejército no se limita al suministro de vehículos y al adiestramiento para su uso, sino que exige un cambio mental básico tan grande como el cambio que se efectuó en la Marina al pasar de los buques de vela de madera a los acorazados a vapor. ¡Y no podemos permitirnos el lujo de tardar tanto tiempo en cambiar de mentalidad como ellos!»

Las edades de retiro que sugiere nuestro autor son de sesenta años para los tenientes generales y cincuenta y cinco para los generales de División.

También propone crear un departamento de Investigación Operativa en el Ministerio de la Guerra, manifestando que «en la actualidad no existe una verdadera investigación militar. Se llena continuamente de problemas a oficiales que están hasta el cuello de trabajo. Debería dárseles tiempo para estudiarlos, investigar y recoger los datos yendo a las unidades del Ejército a consultar a la gente en lugar de confiar simplemente en los archivos del Ministerio de la Guerra, y poder establecer sus conclusiones sin verse estorbados por restricciones de tiempo. El modo como se llega a decisiones sobre cuestiones de organización táctica, etc., no es nada científico por la falta de un conocimiento adecuado.»

También se muestra muy categórico en la conveniencia de dar el mando de fuerzas mecanizadas a jefes que tuvieran experiencia en ellas; lo manifiesta con estas palabras: «Ninguna de las divisiones regulares estacionadas en el país cuenta con un comandante que haya estado al corriente del desarrollo de la mecanización ni de las pruebas de guerra mecanizada durante los años de la posguerra. ¡En realidad, nos encontramos con que no se ha nombrado jamás a ningún jefe calificado para el mando de una de las divisiones del potencial Ejército de Campaña! Ni siquiera el jefe de la Escuela

RECENSIONES

de Estado Mayor, donde hay que preparar las mentes de los futuros jefes de Estado Mayor para que puedan enfrentarse con los problemas de la guerra mecanizada. Ni para el mando de ninguna de las jefaturas del Estado Mayor General... Sería un escándalo nacional que se persistiera en esta tendencia en los momentos actuales en que se está mecanizando el ejército y los encargados de su formación andan a ciegas —como se ve con harta frecuencia a través de los atascos de tráfico y circulación que se organizan— en cuestiones que las unidades de carros han estado estudiando durante años. No es que la gente que se encuentra actualmente al mando deje de reconocer los méritos de los principales jefes de cuerpos blindados —hablan muy bien de ellos—, pero cuando se trata de ocupar puestos-clave de tipo general, parecen temer que esos hombres puedan ir demasiado aprisa en sus ideas modernizadoras, adiestramiento y organización.»

* * *

La obra está dividida en tres partes: libro primero, libro segundo y un epílogo de 25 páginas en el que muestra interesantes cuestiones de *la pequeña historia* de ese gran acontecimiento que fue la II Guerra Mundial y que comprenden desde el análisis de los primeros meses de guerra hasta las declaraciones y predicciones absurdas por parte del Gobierno inglés y de sus consejeros militares para mantener un estado ilusionado en el país y en los aliados; algunos ejemplos confirman esta hipótesis:

Mr. Anthony Eden (secretario de Estado para los Asuntos del Imperio), en una alocución radiada el 25 de octubre de 1939 dijo: «Hace menos de dos meses que empezó la guerra, pero Herr Hitler ha perdido ya la iniciativa. Se ha consumido la ventaja inicial del agresor.»

Mr. Malcolm MacDonald (secretario de Estado para las Colonias), el 2 de diciembre de 1939: «Cada mes que pasa somos más fuertes. A Alemania le ocurre lo contrario.»

Mr. Winston Churchill (primer lord del Almirantazgo), en un discurso en Manchester, el 27 de enero de 1940: «Herr Hitler ha perdido ya su mejor oportunidad.»

Mr. Neville Chamberlain (primer ministro), en un discurso al Consejo Nacional del Partido Conservador, el 4 de abril de 1940: «Después de siete meses de guerra me siento diez veces más confiado que al principio... Opino que durante estos siete meses nuestra situación con respecto al enemigo se ha vuelto mucho más fuerte... Hitler perdió el "autobús".»

General sir Edmund Ironside (jefe del Estado Mayor Imperial), en una entrevista del 4 de abril de 1940: «Estamos apretando el cerco, ahora veremos lo que hace Alemania... Estamos ansiando que ataquen... Si (los alemanes) hubiesen lanzado un ataque en masa al principio, cuando no estábamos preparados, posiblemente nos habrían vencido. Ahora ya es demasiado tarde. Estamos preparados para lo que sea. En realidad nos gustaría marchar sobre ellos... Saben planear una gran campaña hasta el último detalle, pero no saben improvisar con rapidez..., pero si penetrasen por cualquier lugar del frente occidental tendrían que ponerse a improvisar inmediatamente. Y psicológicamente tampoco son muy aptos para la improvisación. El Ejército alemán tiene una debilidad que generalmente se pasa por alto; no tiene generales que fuesen más que

capitanes durante la guerra pasada... Creo acertado decir que el Ejército británico es el ejército mejor preparado del mundo.»

Aunque el autor critique los sistemas empleados por los políticos y militares ingleses para mantener la moral de las tropas y de la retaguardia en los duros meses de la iniciación de la II Guerra Mundial, es indudable que dieron resultado, y la figura de Churchill haciendo la «V» de la Victoria con los dedos de la mano derecha, después de haber sufrido los intensos bombardeos de las bombas alemanas (también denominadas «V») sobre las ciudades inglesas, ha quedado registrada para los tiempos venideros como una clara expresión de uno de los básicos principios de la guerra: *la voluntad de vencer*.

Sin ella no hay posibilidad de afrontar las naturales contrariedades, dificultades, bajas y reveses parciales que toda guerra lleva consigo hasta para el vencedor; el comunicar a todo el pueblo esa inquebrantable voluntad de triunfo es una misión característica del político gobernante, y en el caso inglés, el éxito coronó la ardua empresa.

La crítica de Liddell Hart es, por otra parte, comprensible, pues él, que había luchado tanto por organizar un ejército moderno que estuviera en condiciones técnicas y tácticas para batirse con el alemán, achacaba a los políticos y a algunos mandos militares superiores la culpa de que no se hubiera conseguido. Y entonces las frases altisonantes y desprovistas de realidad sonaban muy mal en su oído, pues tenía conciencia clara de que solamente con ellas no podrían pararse a los carros alemanes que iban extendiéndose por los campos europeos de manera rápida y segura hasta conseguir su dominio casi total, siendo indispensable la ayuda norteamericana y rusa para hacer cambiar el signo de la guerra.

Termina el libro con unas interesantes consideraciones a la derrota de los aliados en 1940 y el embarco de Dunquerque, convertido en un desastre a escala mundial que cambió el curso de la Historia. «Pero jamás ha habido un desastre tan grande más fácil de prever. El ataque de las fuerzas panzer pudo haberse detenido mucho antes de llegar al canal con un contraataque concentrado con fuerzas similares. Pero los franceses, aunque tenían más y mejores carros que el enemigo, los había distribuido en pequeños núcleos al estilo de 1918. La única división acorazada británica disponible no fue enviada a Francia hasta después de que se hubo lanzado la ofensiva alemana, llegando así demasiado tarde para la fase primera y decisiva.»

El ataque podría haber sido detenido en el Mosa. Pero este tipo de guerra relámpago fue posible porque los aliados no conocían la nueva técnica del empleo de los carros de combate ni cómo oponerse a ella. Bastaba haber cerrado las zonas de penetración antes del Mosa con minas, o simplemente derribando árboles sobre los caminos, pero esto no fue ejecutado.

Y termina con estas singulares palabras: «Como Guderian afirmó en sus *Memorias* de la guerra y en otros lugares que debía su éxito principalmente al hecho de haber aplicado mis ideas de estrategia y táctica de tanques, describiéndose a sí mismo como mi "discípulo y alumno", tengo razones particularmente buenas para razonar cómo se podía haber contenido este fatal avance. Habiendo ideado el nuevo método de ataque en los años veinte, no hacía falta ningún gran esfuerzo para descubrir el antidoto mucho antes de 1940. Pero era difícil que esto lo entendiesen unos generales que seguían

RECENSIONES

pensando en términos de 1918. En 1942 todos los ejércitos habían aprendido a contener una Blitzkrieg, pero se habría ganado mucho si los adversarios de Hitler lo hubiesen aprendido antes de la guerra.»

«Para mí, aquella primavera de 1940 resultó irónicamente trágica, al tener que contemplar como simple observador cómo se aplicaban mis ideas para la penetración de la defensa de Francia, mi lugar de nacimiento, y poner en gran peligro a mi propio país.»

Por la vigencia de los temas analizados en las *Memorias de un cronista militar*, el detalle y la gran cantidad de datos que encierra, y los importantes momentos históricos vividos por el autor, hacen de este libro una publicación de las que interesan al lector desde el primer contacto con sus páginas, que animan a leerlo sin interrupciones tanto al militar profesional, al político o al lector no especializado, ya que todos encuentran en sus párrafos motivos de reflexión, de enseñanza y de experiencia. Por estas razones estamos seguros que la edición española ha de tener una gran difusión.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ